

en la cruz del Salvador, ni antes, ni después; y que el moderno comienza entonces. La cruz es el punto de parada, de la caída, el punto de arranque de la renovación, y si Jesucristo es Dios, todo se comprende y se explica. Pero si Jesucristo no es Dios; si ha substituido una idolatría á otra idolatría; si mintió, y si con esa mentira, ó con esa ilusión, regeneró al mundo, entonces nada entiendo del asunto. Todas las nociones de certeza, de verdad, de justicia, de virtud, y lo diré, de causa y de efecto, se oscurecen en mi cabeza, y hasta la idea de Dios se cubre con un velo. Es lo que decía Napoleón: "Por último, y es mi postrer argumento, no hay Dios en el cielo, si un hombre pudo concebir y ejecutar con entero éxito el plan gigantesco de arrebatarse para sí el culto supremo, usurpando el nombre de Dios." Y añado yo, si pudo, usurpando el nombre de Dios, y sumergiendo al mundo en la idolatría, regenerarlo.

X

Si, y por aquí termino; si Jesucristo es Dios, todo se sigue, todo se encadena: su vida, su doctrina, los milagros y los prodigiosos efectos de su paso por la tierra y hasta el momento y el lugar de su aparición. Cuando se hubo cumplido el tiempo, cuando la fe de la infancia del mundo se debilitó, y todos los labios proponían

esta cuestión: ¿quién nos mostrará el bien? Cuando la carga del pecado llevó el malestar al corazón de la humanidad, Dios envió su Hijo á la tierra, en socorro del hombre que sucumbía; apareció en mitad de los tiempos y en el centro del mundo, lleno de gracia y de verdad, libre de todo error y de toda culpa, inocente y santo, practicando todas las virtudes, rebosando principalmente el más tierno amor á Dios, la más divina piedad con respecto al hombre, y sellando la vida más pura con una muerte sublime. Se le ve hombre, mas, á través de la ideal belleza de su humanidad, transpira la luz de su divinidad; muy suave primero, después más viva, luego escapándose en ráfagas, y muy presto deslumbrante. Aparece lleno de vida divina, y la humanidad, uniéndose á Él, halla en su mente, en su corazón, en su fuerza, en su vida entera, un engrandecimiento en la suya. ¿Qué puede haber más sencillo, más lógico, más digno de Dios, ni más honroso para el hombre?

Supongamos, no obstante, que Jesucristo no sea Dios; que el héroe de este drama no sea más que un iluso inocente ó un impostor hábil: ¿qué se gana con eso? ¿Nos vemos así libres del misterio? Al contrario, en vez de uno, tenemos diez, tenemos mil; un caos de inexplicables obscuridades, de contradicciones de las cuales no saldremos.

Sí; si Jesucristo no es Dios, si no es más que

un hombre, no más que un judío crucificado, es inexplicable que se haya creído en Él, creído en Él durante su vida, creído en Él después de su muerte; que se haya creído que era el Hijo de Dios, su Unigénito nacido de una Virgen, resucitado de entre los muertos, que subió á los cielos á la vista de quinientos discípulos. Esto es inexplicable. ¡Cómo, sois hombre, hijo de hombre, y os decís Dios, y os obligáis á proceder como Dios! ¿Pero habéis pensado en ello? ¡No sostendréis ese papel durante un cuarto de hora! ¡Seréis descubierto antes de terminar vuestro primer discurso! Y no obstante, se creyó que Él era Dios, y sus enemigos que le vigilaban, que le espiaban, no han hallado un solo punto vulnerable, uno solo de esos momentos en los cuales el hombre aparece y se manifiesta. La cosa es inexplicable.

Y lo que lo es mucho más, es que eso se haya creído con la intensidad de fe, con el ardor, elevación, pureza y generosidad heroica que en ello se puso. Y no han sido unos cuantos; fué el mundo entero quien ha creído, é iba á decir, quien ha creído hasta la pasión, hasta la locura, hasta el sacrificio de todo y aun de la vida.

Cuéntense, si es posible, los millones de mártires que, durante dieciocho siglos, bajo todos los cielos, en todas las civilizaciones, han corrido á la muerte como á una fiesta, inflamados por una fe invercible en la divinidad de Jesu-

cristo; los solitarios, que todo lo han dejado por Él, y cuya vida fué un prodigio de abnegación, de paciencia y de sacrificio; las vírgenes que, renunciando á los más nobles goces de la tierra, lo tomaron por esposo y le consagraron sus puros y virginales pensamientos; tantas santas esposas, tantas madres amantes, tantas inocentes jóvenes que le debieron la belleza de su alma; y aquéllos, también innumerables, que, con los ojos llenos de lágrimas, han recibido el dolor en un corazón sumiso y consolado; y, aquellos también, que han generosamente recommenzado su vida para Él y han subido con firme paso hasta las ásperas cumbres de la penitencia.

Porque lo que es enteramente inexplicable, si Jesucristo no es Dios, no es únicamente que se haya creído en Él, que se haya creído en Él hasta la pasión, hasta el martirio; sino que se haya hecho una regeneración creyendo eso. Lo que es enteramente inexplicable, es que esa mentira ó ese sueño, como queráis, haya destruido al paganismo, dado muerte á la religión de los sentidos, y purificado la infestada atmósfera del mundo antiguo. Es que haya producido los más grandes caracteres y las más elevadas virtudes: Santa Inés y Santa Cecilia, San Agustín y Santo Tomás, Carlomagno y San Luis. Es que haya producido la Europa cristiana; que haya creado la Iglesia. Es que después de trans-

curridos dieciocho siglos, calme todavía las pasiones, inspire los heroísmos, enjugue las lágrimas, cure los más inconsolables dolores, transfigure las muertes más desoladas. Lo que es inexplicable, es que haga todo eso, y solamente Él lo haga. "¡Ah! exclamaba antes de ahora un gran orador; si quisiera darme yo una idea de la verdad digna de ella, iría á postrarme al pie de la cruz; me diría que no es más que un sueño, un error, una mentira consciente ó inconsciente, y al ver las lágrimas por ella enjugadas, los dolores consolados, los infortunios mitigados, las virtudes inspiradas, los sacrificios creados, me diría: ¡Oh Dios mío! si el error hace cosas tales, ¡qué hará la verdad cuando haya llegado su reino!"

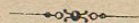
¿Mas, me atrevo aún á pronunciar el nombre de verdad? ¿Qué es la verdad? ¿En dónde se halla? ¿En dónde se la encuentra en materia histórica? Si no creéis en Jesucristo, ¿en quién creeréis? ¿En César, en Alejandro, en Sócrates? "Mas los hechos de Sócrates, de los cuales nadie duda, se hallan menos probados que los de Jesucristo." ¿En dónde se le encuentra en materia de religión? El Cristianismo no es más que una mentira, sea. Con mayor razón el paganismo, el mahometismo y el budismo. Nada queda, en los archivos religiosos de la humanidad, más que unos errores sucediéndose á otros, y la sed más divina de la humanidad ha resultado un en-

gaño. Queda la religión natural, me diréis; ¿pero hay, en la religión natural, un solo dogma, un solo precepto que descansa sobre bases más profundas y más sólidas que la divinidad de Jesucristo? Es necesario adorar á Dios, decís; es necesario rogarle. ¿Y por qué? Porque lo quiere el sentido íntimo; porque la humanidad lo enseña. Mas hace dieciocho siglos también la humanidad dice que es necesario adorar á Jesucristo, y el sentido íntimo declara que tiene razón al hacerlo. Repitémoslo; ¿en dónde, pues, se halla la verdad? ¿En dónde en materia de filosofía, de moral, de jurisprudencia y de economía política? Creéis en la propiedad, en la transmisión legítima del fruto de vuestro trabajo, y tenéis razón para creer en eso. Mas ese hecho de la propiedad, base del mundo social, no descansa sobre pruebas más verdaderas, más numerosas, más ciertas, más irrefutables que la divinidad de Jesucristo. Si Jesucristo no está demostrado, no hay cosa que lo esté, y la mano que lo derriba de su pedestal, quiéranlo ó no, lanza también á Dios del suyo. Porque, en fin, desde lo alto de su trono, Dios vió el triunfo de la mentira y el mal; vió á un simple mortal arrogarse la divinidad; vió al mundo desvanecido, fascinado, cayendo á los pies de ese falso dios y lo ha permitido! Permitió que el mundo, en vez de corromperse en esa idolatría, en esa adoración de la mentira, se regenerase ahí. Per-

mitió que las flores más puras germinasen en ese muladar; y no intervino en ello! Vió á la humanidad en la imposibilidad de distinguir la verdad del error, pues que si la verdad se halla en alguna parte, resulta estéril, en tanto que el Cristianismo, que es error, mentira, adoración de un ídolo, resulta fecundo, benéfico, y posee una irradiación de bondad y de belleza. Vió eso, y no tendió su mano á la humanidad, que es hija suya!

¡Oh Dios mío, Dios mío, en qué abismo se cae, en qué confuso caos gira el espíritu humano, cuando rehusa la luz que le habéis preparado! ¡Y qué angustias se prepara, si ama la verdad, si siente que no puede vivir sin ella! Errante en medio de las tinieblas, estrellándose con mil problemas insolubles, no tarda en experimentar la más dolorosa de las tentaciones: la que consiste en cerrar los ojos y aun á no intentar ver. Sobre la almohada en que tan mal descansa, en la que se agita su alma doliente, vela el espíritu de las tinieblas, y en las horas de insomnio, déjase oír una voz: "Echa á un lado todas esas cuestiones; abandona todas sus investigaciones; cierra los ojos; procura olvidar y dormir." ¡Oh Jesús! apiadaos de esas almas dolientes, de esos pobres y nobles investigadores de la verdad. No han huído de la luz; no han deseado las tinieblas; y, aun cuando las hubiesen buscado, es propio de un corazón como el vuestro,

¡oh Jesús! vencerles á fuerza de amor. ¡Que de vuestros pies y de vuestras manos atravesadas, de vuestro corazón abierto, parta un rayo de luz, por débil que sea! Que vean, ¡oh Jesús! y serán salvos. Pues Vos mismo sois la prueba más brillante de la Religión por Vos establecida; y, para iluminar la inteligencia más oscura, como para curar el corazón más enfermo, basta con que se le muestre JESUCRISTO.



Sólo Jesucristo salvará á la sociedad moderna: ¡Hé ahí á mi Dios! ¡Hé ahí á mi Rey!

(Últimas palabras de Chateaubriant.)



Este folleto es un fragmento de la monumental y sin igual obra, en su género, de Monseñor Bougaud, obispo de Laval (q. e. p. d.) "El Cristianismo y los tiempos presentes."

¡Ojalá el infinito poder y voluntad santa de Dios Nuestro Señor, muevan los corazones de los que esta obra leyeren, y los animen á hacer la mayor propaganda posible de la misma, procurando que su lec-

tura se extienda por todas partes, con todos sus parientes, amigos y conocidos, pasando al efecto cada folleto de lector á lector, y de familia á familia.

Y si se trata de los poderosos y ricos, no olviden que Dios Nuestro Señor da ciento por uno; y que, si ven por su mayor honra y gloria, y provecho muy grande, incalculable, de la Sociedad, mandando imprimir por su cuenta algunos millares de ejemplares de estas líneas, Él les llenará de inmensos beneficios y les dará su infinita gloria. Así sea.

Las obras de Monseñor Bougaud se hallan de venta en la "Librería Religiosa" de José L. Vallejo, S. en C., S. José el Real núm. 3, y en la de los Sres. Montero Herrero & Cía., 2^a Cinco de Mayo, 4.

Si se desea la reimpresión de este folleto, ocurrase á la Imprenta de José Ignacio Durán y Cía.—Chavarría núm. 10.—México, D. F.



B
B
C

011